

A 50 años de la Revolución Cultural China

Cuando el pasado regresa

Marusia Musacchio

Hace medio siglo, se puso en marcha la Gran Revolución Cultural que trastocó los destinos de millones de personas en China. ¿Cuál es el saldo histórico de esta acometida de Mao Zedong por el poder personal? Sinóloga por la Universidad de Harvard, Marusia Musacchio da una perspectiva inquietante sobre el legado de un desastre histórico en uno de los mayores países del orbe.

Este mes de mayo se cumplieron 50 años del inicio de la Gran Revolución Cultural china. En Beijing no habrá celebraciones, como tampoco las habrá en Shanghái o Wuhan, los grandes escenarios de este movimiento que dejó toda una generación de analfabetos. Sería un error creer que la falta de conmemoraciones es por irrelevancia del legado de la Revolución Cultural que duró 10 años. Por el contrario: hoy más que nunca los horrores de un sistema que orbitaba alrededor de un solo hombre vuelven a amenazar la estabilidad china.

LA DESTRUCCIÓN DEL SISTEMA

Desde el triunfo de la Revolución china, en 1949, el partido encabezado por Mao operaba bajo un sistema de consenso. Es decir, cada miembro permanente del politburó representaba un grupo o burocracia y como representante de la misma tenía un voto en las reuniones del máximo órgano del Partido Comunista. En ese universo político, sin embargo, Mao era el *primus inter pares*. Su capital político se había forjado a lo largo de

décadas donde el fracaso de la línea soviética le había abierto la puerta a la línea maoísta que arraigaba en el campo y cuya estrategia militar se centraba en la guerra de guerrillas.

Fue precisamente el enorme capital político de Mao lo que permitió atacar al sistema que él mismo había creado. En este sentido, la Revolución Cultural no tiene paralelo en la historia de los movimientos de masas. No fue un levantamiento de clase en contra de un sistema que carecía de legitimidad; de hecho, fue lo opuesto. Una parte del aparato estatal, encabezada por Mao, le abrió la puerta a los estudiantes para que atacaran al punto de la guerra civil al país fundado por el Partido Comunista Chino.

¿Por qué el líder de la Revolución china tomó esta decisión? Las causas son variadas. Roderick MacFarquhar, profesor de la Universidad de Harvard y especialista en la Revolución Cultural, argumenta que había razones ideológicas y políticas. Entre las primeras se encontraba la percepción de Mao de que las juventudes chinas no habían experimentado un proceso revolucionario como el de sus padres y sus abuelos (para 1966,



la Revolución china tenía ya casi 20 años), debido a lo cual el sistema comenzaba a anquilosarse. Para Mao, la nueva nomenclatura era una clase de burócratas privilegiados que debía ser sacudida. Por otro lado, había temores políticos. Desde el fracaso del Gran Salto Hacia Adelante (1958-1961), el oriundo de Hunan se había replegado a la segunda línea, es decir, la cifra de más de 20 millones de muertos lo obligó a dejar las riendas de la administración en manos de Liu Shaoqi y Deng Xiaoping.

Para inicios de la década de los sesenta, la debacle económica era tal que se necesitaba incentivar el crecimiento. Liu y Deng abrieron mercados privados y decidieron que 6 por ciento de la tierra cultivable iba a ser trabajada de manera particular. Estas serían las semillas de la estrategia de apertura económica impulsada por Deng en los años ochenta. Pero en 1966 Mao las percibía como la prueba irrefutable de que el revisionismo había llegado a China. No había nada que Mao temiera más que dejar como sucesor a una suerte de Jrushchov.

Así, el líder chino lanzó la revolución cultural para asegurar su legado. De los estudiantes Mao obtendría la fuerza y el idealismo del movimiento; de la creación del Grupo de la Revolución Cultural, encabezado por su esposa, el soporte intelectual para legitimarlo. El golpe de muerte para sus oponentes vendría de centralizar el poder en su persona. El resultado, creía él, sería un régimen donde habría revoluciones constantes.

El secretariado del Partido, el órgano encargado de ejecutar cotidianamente las decisiones del politburó, fue

hecho a un lado. Desde mayo de 1966 se reorganizó el personal en los departamentos de propaganda, la secretaría del partido y el departamento de personal del ejército. Mao era el sistema y el sistema era Mao y aquellos que lo apoyaran. Ni siquiera Hitler detentó tanto poder.

El cambio de personal sería sólo una parte de la estrategia, en tanto que la purga de sus adversarios en mítines masivos fue lo que dislocó por completo al Partido Comunista Chino. Estudiantes de apenas 15 o 16 años tenían el poder de humillar y agredir a líderes de la talla de Deng y Liu. En el colmo del absurdo, los edificadores de la China comunista tuvieron que arrodillarse ante chamacos adolescentes que no tenían otro propósito que complacer al camarada Mao. El periodo de terror de la Revolución Cultural duró tres años, tiempo en que los guardias rojos cumplieron con su finalidad de destruir al Partido. Sin embargo, los guardias rojos nunca pudieron cumplir con el segundo cometido de la última revolución lanzada por Mao: forjar nuevas instituciones. Al contrario, las rencillas entre grupos empujaron al país a la guerra civil.

De 1966 a 1976, las escuelas permanecieron cerradas, no hubo otra fuente de conocimiento que el Libro Rojo, la producción industrial bajó y, contra lo que pudiera pensarse, el comportamiento de los Guardias Rojos no fue premiado. Lejos de eso, en 1969, para evitar el caos total, Mao —apoyado por el ejército— envió a toda una generación de jóvenes a trabajar en minas, poblar la meseta tibetana y los desiertos de Xinjiang. Desmoralizados, traicionados y analfabetos, estos jóvenes,



el supuesto futuro de China, conformarían la Generación Perdida.

Por su lado, el Partido se quedó en los huesos. Veinte por ciento de los miembros perdieron sus puestos, cifra que entre los altos cargos alcanzó hasta un 80 por ciento. Liu Shaoqi fue golpeado, humillado en público y puesto en arresto domiciliario. Murió por falta de atención médica en 1969. Su familia no recibió la noticia hasta tres años después. Deng Xiaoping fue purgado dos veces, una junto con Liu en 1966 y otra en 1971. Su hijo Deng Pufang se quedó parapléjico tras una “sesión de autocrítica” donde no soportó la presión y saltó de la ventana de un edificio.

La Revolución Cultural fue la década negra en China. Mao no logró transformar al sistema chino, más bien estuvo a punto de destruirlo.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN, EL ANTÍDOTO

Sería imposible entender el sistema chino de los últimos treinta años sin analizar las consecuencias que tuvo la Revolución Cultural en la construcción de institu-

ciones en la era de Deng. Después del terror termidoriano, en el centro de las preocupaciones del liderazgo chino estaba evitar que una sola persona detentara tanto poder como para destruir a sus contrincantes.

De ahí que a pesar de ser el líder más poderoso después de la muerte de Mao, Deng no fuera presidente de la República ni secretario general del partido. Su posición se concentró en ser el jefe de la poderosa Comisión de Asuntos Militares. La década de los ochenta sirvió para construir acuerdos, tanto formales como informales, que aseguraran dos aspectos fundamentales en la República: la distribución de poder entre grupos y la sucesión ordenada de un líder a otro.

Respecto al primero, se llegó a un arreglo basado en dividir el poder entre los dos grupos de interés más influyentes —la Liga de la Juventud Comunista y los elitistas—. Los puestos se escalonaron entre una facción y otra y se acordó que cada cambio de liderazgo debía también responder a esta lógica. Si Jiang Zemin (1993-2003) era de los elitistas, entonces se nombraría a Hu Jintao de la Liga de la Juventud Comunista (2003-2013). Llegado el 2013 le tocó una vez más su turno a los elitistas bajo el mando de Xi Jinping.

Además, Deng Xiaoping limitó las rencillas de poder y restringió el tipo de castigos otorgados a aquellos que perdían el favor del Comité Permanente del Politburó (CPP). Por ejemplo, cuando destituyó a Hu Yaobang de la posición de secretario general del partido, en 1987, Hu conservó su puesto en el politburó. Desde entonces y hasta la llegada de Xi Jinping, ningún miembro del CPP perdió su puesto o fue purgado.

Para los sobrevivientes de la Revolución Cultural fue de suma importancia que se restableciera el liderazgo de consenso. Una vez más, esto significaba que cada miembro del CPP representaba los intereses de una burocracia. En términos organizacionales, el presidente controlaba la burocracia militar, la selección de personal y la agenda de política exterior. Las carteras de política económica y social eran dominio del premier, que en China operaba como jefe de gobierno. Las cuestiones de seguridad interna recaían en un tercer miembro del CPP.

Esta serie de acuerdos le permitieron a Deng Xiaoping lanzar su proyecto de modernización y liberalización económica que a la vuelta de unas décadas sacó de la pobreza a alrededor de 500 millones de chinos. Deng nunca tuvo el poder que alguna vez tuvo Mao, pero curiosamente su legado ha sido mucho más duradero y ciertamente más positivo.

XI JINPING Y LA SOMBRA DEL PASADO

Desde su llegada al poder en el 2012, Xi Jinping maniobró de manera veloz para centralizar el poder en su

persona. Su estrategia se basó en tres ejes: el primero, llevar a cabo una serie de reformas institucionales para que funciones que antes recaían en el gobierno ahora lo hicieran en él; segundo, una campaña anticorrupción que ha servido para purgar a sus adversarios; y tercero, la creación de un culto a la personalidad no visto en China desde la era de Mao. Todo ello, apunta a que el sistema chino está dando marcha atrás. La institucionalización de la política le está cediendo terreno al fortalecimiento de un líder.

En el sistema construido por Deng, el liderazgo de consenso se basaba en un intrincado equilibrio de fuerzas entre las distintas élites partidistas representadas en el comité permanente del politburó. Sin embargo, hoy las burocracias militares, de seguridad, de política social, exterior y económica le reportan directamente a Xi Jinping. En agosto de 2013, durante el tercer pleno del comité central del partido, Xi consolidó formalmente estos cambios cuando creó la comisión nacional de seguridad y el “comité del grupo central de liderazgo para profundizar de manera comprensiva la reforma”. El premier y el gobierno en general perdieron poder.

El dominio de Xi Jinping sobre el CPP es innegable. No sólo se trata de la centralización del poder, sino también de la purga de sus contrincantes. Bajo el lema de “luchar contra los tigres y las moscas”, Xi desató una campaña anticorrupción que ha centrado sus ataques principalmente en los grupos de sus adversarios. Desde 2012, más de cien mil burócratas han sido acusados de utilizar recursos públicos para beneficio personal. Que se purgue a burócratas corruptos no es motivo de alarma; lo que sí preocupa es que no haya un órgano independiente que realice las pesquisas.

Wang Qisan, el zar anticorrupción, es uno de los allegados más cercanos al presidente chino. Así pues, no será Wang quien investigue las fortunas de las familias de los miembros del CPP. Por el contrario, su labor se ha concentrado en purgar las bases de poder de Zhou Yongkang, el anterior encargado de las fuerzas de seguridad y miembro del comité permanente del politburó. El arresto de este tenebroso personaje —se rumoraba que espiaba hasta a Hu Jintao— simbolizó el fin de una de las reglas impuestas en la era de Deng: no tocar a los miembros del CPP. Zhou no sólo era una suerte de Fouché chino, también era el burócrata con más lazos en el riquísimo sector petrolero, lo que le daba una base de poder inigualable. El otro peligro era Ling Jihua, la mano derecha del anterior presidente Hu Jintao y cabeza de un imperio económico en la provincia de Shanxi. La meta pues era deshacerse de aquellos adversarios con burocracias lo suficientemente fuertes, en términos económicos y de redes sociales, capaces de obstaculizar la gestión de Xi y su agenda.

El tercer eje de la estrategia de Xi se basa en la promoción de su persona y en la eliminación del disenso. Su gobierno ha creado una maquinaria mediática que bombardea a la población con mensajes nacionalistas y paternalistas. Varios medios se refieren al presidente chino como el “tío Xi” y a su esposa Peng Liyuan como “mamá Peng”. La campaña ha llegado al punto de lo absurdo con videos como “el tío Xi ama a la mamá Peng”, que exaltan a la pareja presidencial como ejemplo de los roles de género. Según esta balada, Xi “no tiene miedo del cielo, no tiene miedo de la tierra... los hombres deben estudiar al tío Xi” y a Peng “hay que darle la flor más hermosa... hay que protegerla y bendecirla... las mujeres deben estudiar a mamá Peng”.

Si sólo se tratara de una cuestión de apelativos no habría problema, pero los tentáculos de las fuerzas de seguridad están ahogando cualquier forma de disenso. El arresto de activistas y sus defensores desde la llegada al poder de Xi, la desaparición de editores en Hong Kong a principios de este año y las nuevas leyes para controlar a las ONG extranjeras, aprobadas hace unas semanas, señalan que el gobierno está llevando a cabo un intento concertado por restringir el margen de manobra de quien le incomode.

Quizá más grave en el largo plazo es el endurecimiento de los controles partidistas sobre los medios, la libertad de expresión, los debates ideológicos y la libertad de cátedra. En un desafortunado revés, a principios de 2015, el ministro de Educación, Yuan Guiren, declaró que no había espacios en las aulas chinas para libros de texto occidentales. Entre menos diversidad ideológica haya, piensa el señor Yuan, menos se “manchará el socialismo” en China. ¿Será?

Algunos estudiosos como Wang Zhengxu y Zeng Jinghan, profesores de la Universidad de Fudan y de la Universidad de Londres, respectivamente, argumentan que aún no se sabe si las reformas iniciadas por Xi tienen la intención de incrementar su poder personal o, más bien, están dirigidas a amasar la fuerza necesaria para llevar a cabo una reforma más a fondo del sistema, reforma, por cierto, que la fragmentación del sistema de Hu Jintao hizo imposible. De acuerdo con esta lógica, podría ser que Xi Jinping esté “utilizando las herramientas de Mao para convertirse en un Deng Xiaoping”. Esta lógica pasa por alto la gran lección del milagro chino: la única forma de empujar una reforma duradera es dándole un espacio en la mesa de negociación a todas las facciones.

Más que cualquier logro económico, asegurar la viabilidad del sistema fue el éxito de Deng Xiaoping. Si de algo debe servir el 50 aniversario de la Revolución Cultural es para poner esta enseñanza en contexto y recordar que cuando China cedió a la tentación dictatorial el país terminó en caos. China se merece otro futuro. **U**